

LA CASA DE GOETHE Y EL MUSEO NACIONAL DE GOETHE

POR EL PROF. Y DR. HANS WAHL,
DIRECTOR DEL MUSEO NACIONAL DE
GOETHE, EN WEIMAR

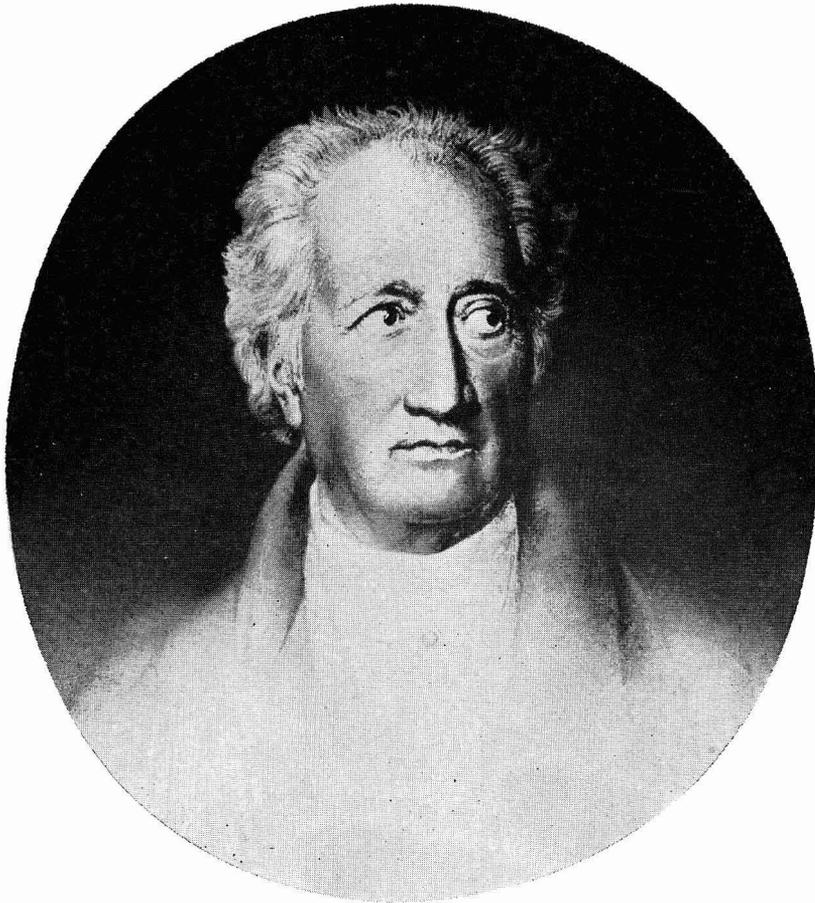
Cuando Goethe cerró los ojos para siempre, el 22 de marzo de 1832, sus tres nietos, y en representación de ellos su nuera Ottilie, eran los herederos de su casa y de lo que dejó, y nadie entonces podía saber si de sus descendientes no se desarrollaría un linaje vigoroso; pero intervino al mismo tiempo un presentimiento misterioso que tuvo por resultado que el legado de Goethe se pusiera bajo custodia, la cual no se extinguió al llegar los nietos a la mayoría de edad, sino que ellos mismos la continuaron involuntariamente, y cuando murió el último en 1885, medio siglo después de su abuelo, testó, no solamente de acuerdo con su hermano y no solamente de acuerdo con su soberano, sino ante todo en concordancia con la historia. Borró, por decirlo así, de la historia su existencia y la de su hermano y entregó todo el legado de Goethe al público, al mundo, únicamente con el retardo de su vida. Y es así como pudo suceder el caso único de que en la casa de Goethe fue posible restituir todo lo que los descendientes, con el derecho de los vivos, habían movido de su lugar, por cuanto lo habían tocado siquiera. Aquí quedó realmente conservado, como por milagro, el sitio que rodeó al gran hombre, con todas sus cosas, y se ha transmitido a todo aquel que haya tratado de abismarse en él y de compenetrarse de su atmósfera.

A fin de que cosa tan rara se lograra para millones, el destino impuso al gran hombre el dolor de la muerte

temprana de su único hijo e hizo sentir con la mayor intensidad a sus amados nietos la maldición del nombre célebre, de modo que no tuvieron estímulo para multiplicarse, y que después de su muerte quedara el vacío que para la generalidad significa abundancia.

En la casa de Goethe, en Weimar, no se conocen aditamentos al estilo de la época; ofrece el sitio y las cosas que rodean a Goethe, hasta el último plumero, hasta el dibujo más insignificante con su marco. El día siguiente a la inhumación de Goethe se comenzó a inventariar; custodios vigilaron el legado, consanguíneos del gran hombre, albaceas de acuerdo con sus ideas, tesoreros para el mundo. Y es así como se realizó lo que es raro, lo que no tocó en suerte ni a Dante, ni a Shakespeare, ni a Schiller, ni a Bach, ni a Beethoven, ni tampoco tocará en suerte a Nietzsche y Wagner; que nosotros, los de la posteridad, podemos acercarnos al sitio que rodeó al gran hombre, como si él sólo acabara precisamente de salir de su casa.

"Noble simplicidad y serena grandeza" invade al visitante, como hace cien años, en el aristocrático vestíbulo de la escalera, solemnidad en el salón amarillo con los grabados de Dorigny, según Rafael. En las piezas de la derecha, con sus dibujos a mano, las pinturas en las paredes, mayólicas en los estantes y bustos sobre ellas, se nos presenta el viejo Goethe, infatigable coleccionador, pero creemos



GOETHE A LOS OCHENTA AÑOS

(RETRATO DE STIELER)

por primera vez contemplar su noble faz, oír su palabra, al entrar en el cuarto de Juno, que fue el sitio para tantas conversaciones que se nos han transmitido, como olvidadas también, con visitantes de todas clases, de todas edades y de todos los países, y en forma verdaderamente conmovedora se presenta al visitante el genio en aquella esfera que durante su vida sólo estuvo abierta a los más allegados, en su cuarto de trabajo y la recámara adyacente, en que murió, piezas que ambas sin el cambio más mínimo, tienen el aspecto exacto de los últimos días del gran hombre. Piezas son estas sumamente sencillas, que contemplaron décadas de infatigable labor y lucha, del arribo a la cúspide de la madurez humana. Son los sitios que más honda impresión dejan del recuerdo de la fuerza creadora que llama suya la nación alemana y en su género son únicos en el mundo, puesto que el avance del tiempo no ha dejado intacto el taller de las creaciones de ninguno de los grandes de la historia.

Casi durante medio siglo salió de esa celda de modestia monasteril la palabra del poeta. ¡Que abundancia de creaciones desde el "Wilhelm Meister" hasta el Fausto moribundo! De "Ilmenau" y "Sea noble el hombre", al legado: "Ningún ser puede desintegrarse a la nada". ¡Qué zonas de la naturaleza se exploraron desde las primeras "Contribuciones a la Óptica", pasando por la metamorfosis de las plantas y la óptica, hasta las últimas obras de geología y zoología! ¡Cuántas de las importantes colecciones que llenan el edificio anexo a su casa se juntaron aquí, se estudiaron y se clasificaron! ¡Qué cantidades de hojas de arte, de álbumes, de placas y medallas, monedas, mayólicas, figuritas, gemas, se seleccionaron aquí, se compararon y se colocaron en su sitio, resultando de ellas provecho y enseñanza en múltiples disertaciones sobre el Arte! ¡Qué abundancia de sugerencias, instrucciones en materia teatral y para establecimientos de las ciencias y las artes, no salieron de esta pieza! Infinitos hilos de ideas se ex-

tendieron en cartas desde aquí por el mundo entero, y una riqueza inmensa de verdades no acuñadas pasó de la recámara adyacente a mundos ignotos cuando aquella magnífica cabeza se inclinó para morir.

Por las pequeñas ventanas se ven los árboles del jardín de la casa, como antaño cuando los nietos corrían en torno a los camellones; al iniciarse el verano penetra el aroma de las rosas en las piezas de techo bajo, como antaño; en agosto se asoman alegremente con sus variados colores las puntas de las malvas, como antaño, y en el otoño se esparce por las piezas el fuerte olor de las hojas marchitas de los árboles.

El Museo Nacional de Goethe, por tanto, debe llenar tres requisitos:

La conservación y exhibición del sitio en que se desarrollaron durante 50 años la vida y la labor de Goethe.

Relatar la vida de Goethe y sus relaciones, en documentos, desde su nacimiento hasta su muerte.

Propagar y hacer provechoso el legado artístico y científico de coleccionador e investigador que dejó Goethe.

La mansarda de la vieja casa, habitación que fue de su hijo, ofrece por ahora salones para el segundo requisito. Desde la pintura de Seekatz, de la familia de Goethe, en Francfort, con trajes pastoriles, hasta el dibujo, obra de Preller, de la formidable cabeza del poeta muerto, y más allá hasta el último retrato del último nieto, se muestra allí gráficamente la vida de Goethe hasta la extinción de su linaje. La mayoría de los originales de los retratos auténticos de Goethe está allí reunida, aparte de numerosos cuadros de personas que vivieron y lucharon en su tiempo. Por falta de espacio no se ha podido todavía extender allí el museo de cuadros sobre Goethe más abundante del mundo. En cajas y estantes se aglomera la existencia y demanda urgentemente el espacio que no se ha conseguido ni en el centenario, debido a la miseria económica.

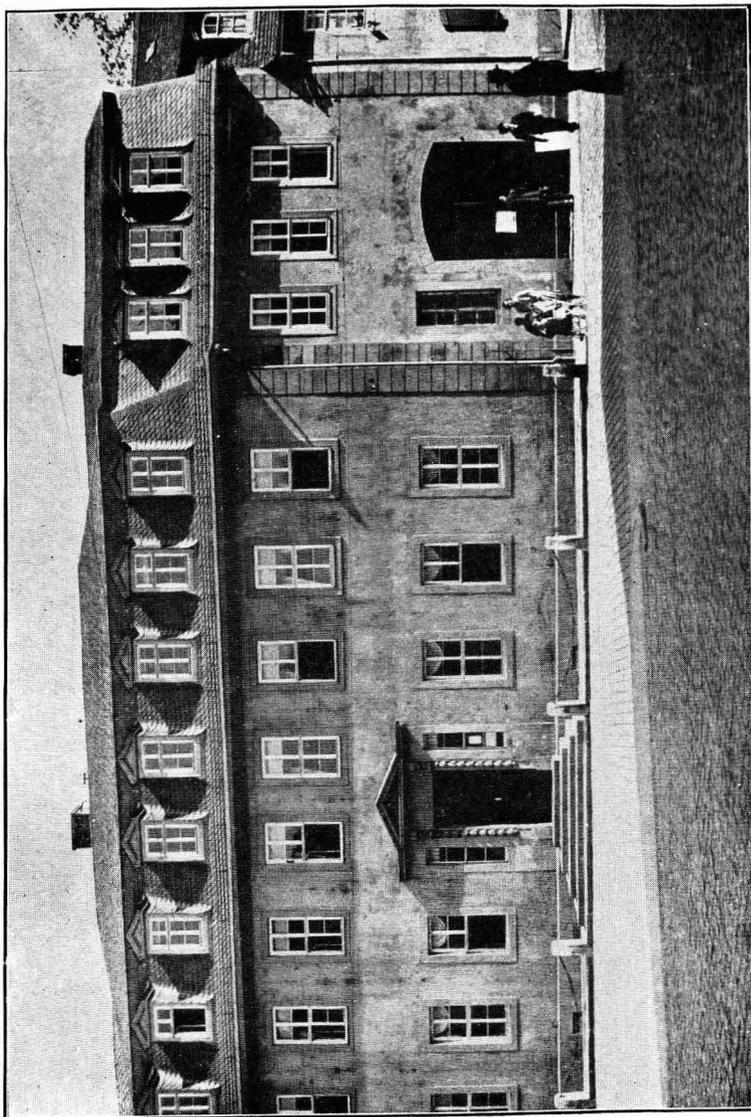
Entre lo que custodiaron los nietos, aparte del lugar de Goethe, figura también todo lo que dejó en abundantes colecciones de arte y de ciencias naturales, abarcando cosa de 60,000 objetos. El formidable legado manuscrito está a cargo de la vigilancia y elaboración del Archivo de Goethe y Schiller en Weimar, y lo que dejó en objetos, como artista, coleccionador y naturalista, lo exhibe el Museo Nacional Goethiano. En una ampliación anexa a la antigua casa, el salón de física invita a colaborar en las investigaciones de Goethe sobre los colores, con sus propios aparatos; a examinar sus trabajos meteorológicos, sus experimentos de electricidad, sus problemas acústicos; en otro salón figura el material de sus trabajos de anatomía, osteología y botánica, y en otro más sus teorías sobre la geología y la minería.

Un salón muestra sus colecciones de mayólicas, placas, medallas, monedas, figuritas de la antigüedad, y contiene en sus estantes los millares de grabados de todos los países, de dibujos a mano de todos los maestros, que coleccionó infatigablemente en su afán infinito de conocimiento; contiene, ade-

más, sus propios dibujos a mano, más de 2,000, que acompañan su vida desde la infancia hasta la ancianidad, testimonios todos de un impulso de saber y de crear de tal intensidad, que la posteridad necesita recapacitar para combinarlos con el grandioso legado poético que ofrece el Archivo de Goethe y Schiller.

En ningún sitio puede uno penetrarse del inmenso alcance de Goethe como en el Museo Nacional Goethiano de Weimar y habrá pocos individuos de tan escasa sensibilidad que no se lleven de esa casa al mismo tiempo, al mundo cotidiano que nos domina a todos, la fe en la victoria definitiva de lo espiritual sobre la materia, de lo eterno sobre lo temporal.

Nadie, desde hace cien años, ha vivido la vida con tanta intensidad; nadie ha tenido de ella una visión tan honda, estando en medio y por encima de ella, como el autor del "Fausto", quien pasando a la eternidad al romper la primavera de 1832, se llevó a la tumba tantas cosas no pronunciadas como dejó a sus contemporáneos en sus obras reveladoras y en la labor de su vida.



LA CASA DE GOETHE EN WEIMAR, AHORA MUSEO